

Raúl, el “ciclonero” de siete campañas

Texto y foto: Enrique Atiénzar Rivero

Raúl Rodríguez Peña es un liniero de Nuevitas que participó en la recuperación del servicio eléctrico en Santiago de Cuba, tras el paso del huracán Sandy.

Más que envanecerse por el aporte realizado hace cuatro años lo reconoce como una experiencia de trabajo, de profundizar en la solidaridad como una poderosa arma estratégica.

“Para nosotros fue un honor ayudar a la población de Santiago de Cuba y estamos dispuestos a cooperar donde el momento lo exija y compartir lo que tenemos con otros compatriotas”.



Como integrante del contingente que hace pocas horas salió rumbo a Guantánamo, marchó con la convicción de trabajar bajo cualquier condición para resolver los problemas en el menor tiempo posible.

“A sabiendas de encontrar destrucción vamos a ayudar, y haremos todo el esfuerzo por restablecer el servicio”.

La familia, ante esta nueva misión lo apoya, le transmite fuerza y seguridad, “algo importantísimo para nosotros para regresar todos sin ningún tipo de problema y con la convicción de que dimos nuestro aporte una vez más”.

Raúl es un hombre de complexión fuerte, con 33 años como liniero, y en su haber posee siete campañas, como otros muchos camagüeyanos que han tendido su

mano generosa en la Isla de la Juventud, en Pinar del Río, en Matanzas, en La Habana, en Santiago de Cuba, en terrenos complicados, aunque el anuncio de trabajar en medios montañosos les hace presumir a todos que esta será la restauración más difícil de todas.

Él es uno de los 40 linieros que van inspirados y dispuestos a hacer realidad un viejo lema: utilizar, si las circunstancias se lo imponen, como lecho el suelo y como techo el cielo.

Como se dijo en el acto de despedida, este es el noveno ciclón que “la caballería mambisa de eléctricos” asume para engrandecer el nombre de la provincia y ponerla en alto, mitigando los daños de los hermanos guantanameros.

Se dan clases de solidaridad

Por Yanisleidy Prado Rojas y Félix Anazco Ramos
Fotos: Leandro Pérez Pérez

Con el paso del tiempo (y de los huracanes), el Instituto Preuniversitario Vocacional de Ciencias Exactas (IPVCE) Máximo Gómez Báez, escuela insigne de la enseñanza media superior, se ha convertido también en uno de los centros de evacuación más importantes de la provincia.

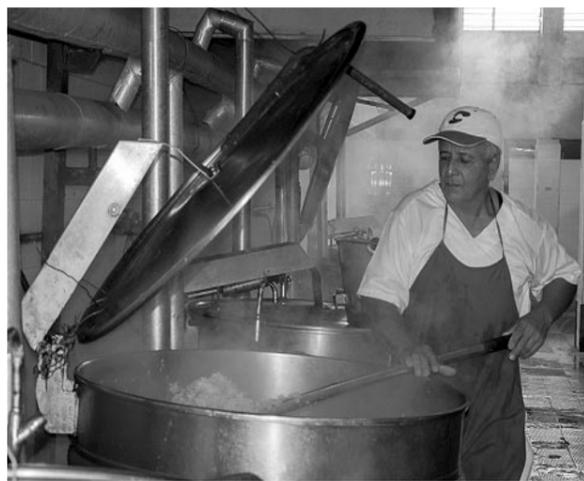
Quienes habitualmente están acostumbrados a tratar con adolescentes de uniforme azul, brindaron sus servicios a más de 360 personas refugiadas ante la furia de la naturaleza. Alrededor de 100 trabajadores, entre personal de la institución, de mantenimiento, de los servicios de salud pública, de deportes, de la policía y representantes de la zona de defensa local atienden a los evacuados.

Normando Suárez lleva más de 30 años en la “Vocacional” y en ese período se ha visto involucrado en cerca de 10 movilizaciones por eventos meteorológicos. “Algunos, como este, se han quedado en el susto, pero otros han arrasado, y es duro ver a la gente sufrir al enterarse que lo perdieron todo. Recuerdo que cuando nos azotó el ciclón Paloma trabajamos dos días sin apenas dormir, porque las guaguas que traían a la gente de Santa Cruz del Sur llegaban a cualquier hora de la madrugada. En estos años hemos ganado en experiencia y organización, ya casi somos profesionales de la defensa civil”, cuenta entre risas este veterano profesor de Educación Física.

Cuando *Adelante* llegó al IPVCE, Normando daba su habitual ronda por los dormitorios para interesarse por el bienestar de los albergados; luego siguió hasta el comedor para verificar la elaboración del almuerzo.

Allí se encontró con Rafael Galán, un cocinero con 25 años de labor en el lugar. “Otra vez en esta batalla”, fue la frase de saludo. Según el viejo Galán, los días de Ike

y Paloma resultaron los más intensos que recuerda. “Entre uno y otro casi no podíamos salir, trabajamos en dos turnos para cocinarles a casi 1 000 personas. Ya los ciclones no nos cogen de sorpresa, cada temporada mi familia sabe que en cualquier momento tengo que venir para acá. La gente nos agradece mucho lo que hacemos, me da mucho gusto apoyarlos en las situaciones difíciles; esto solo se ve en Cuba”, nos dice mientras atiende a varias madres que buscan calentar leche para sus niños.



Marisol Sarría Poll e Hildelisa Tucén Cipriano, ambas trabajadoras del área de elaboración, también dejaron su casa y su familia para servir a personas más necesitadas.

Y no es que ellas tengan sus problemas resueltos, por el contrario, la primera dejó a su hijo de 11 años con unos vecinos, y aunque resguardó los electrodomésticos sentía la incertidumbre de encontrar a su regreso la casita en pie, porque está en muy mal estado; mientras la segunda dejó a su madre, de 86 años, y a su hija embarazada.

Pese a toda preocupación, ambas están convencidas de que es su deber colaborar en la protección de vidas humanas, y a nuestra interrogante sobre los reclamos de los seres queridos, afirman: “Ellos saben que este es nuestro trabajo y estamos cumpliendo con el deber”.

Finalmente, Matthew no hizo estragos en Camagüey, solo quedó en el susto para quienes estuvieron hasta el último minuto bien acogidos por los trabajadores del IPVCE Máximo Gómez, gente que deja el pizarrón y la tiza para dar clases de humanismo y solidaridad.

Ver la luz en medio de la tormenta

“Me buscaron en la casa en una ambulancia para traerme al hospital, porque no podía quedarme allí, y todas las atenciones han sido muy buenas”. Así nos cuenta Rosaidi Alba Rojas, quien con 37 semanas de embarazo y ante la posibilidad de dar a luz en cualquier momento, fue trasladada de Jimaguayú hacia el hospital materno-infantil Ana Betancourt, en la cabecera provincial, donde se realiza aproximadamente un 85 % de los partos del territorio.

Igual suerte corrió Lisbeth María Ramírez Varga. Aunque ella sí pertenece al municipio de Camagüey, las condiciones de su casa de madera no son buenas.

“La doctora de la familia me dijo que debía presentarme en el hospital para evitar cualquier riesgo, y así lo hice. Creo que todas hemos cumplido con disciplina, porque sabemos la responsabilidad que es llevar a nuestros hijos en el vientre y traerlos al mundo, y nadie quiere tener problemas en el parto. Es muy bueno lo que se ha hecho con las personas que no tienen condiciones para enfrentar un evento de este tipo”.

Y es que pase lo que pase y el huracán que pase, el Hospital Materno-Infantil no puede parar; por el contrario, el estrés es un factor desencadenante del parto, y mire usted si es así, que los 20 partos que regularmente se hacen allí a diario ascendieron a 28 el día que Matthew tocó tierras cubanas, según comentaron a *Adelante* los doctores Plácido Luaces Sánchez, subdirector, y José Clemente Luis Montalvo, jefe de servicio de Obstetricia.

Por eso, además de resguardar equipos y alimentos y asegurar las fuentes alternativas de iluminación, se evacuaron a las mujeres residentes en zonas vulnerables con más de 32 semanas, según el riesgo, en el “Ana Betancourt”, la unidad Centenario, el hospital provincial oncológico Marie Curie y la facultad de tecnología Pahm Ngoc Thach, donde recibieron asistencia médica especializada por parte de los equipos de guardia, reforzados para la ocasión.

• Y. P. R.
• Foto: L. P. P.



El comedor de la sala, convertido en cubículo, acogió a Rosaidi (acostada al fondo), y a otras que, como ella, ya están con el embarazo a término.